

DEL
CLERO MEXICANO

Sr. Dr. Práxedes María Alarcón

Sr. Dr. José Ignacio Arce

Sr. Dr. Pedro Loxly Parbave

Sr. Dr. Jacinto López

Sr. Lic. José Vicente Salinas

Sr. Dr. Eulogio Gregorio Gilow

CARLOS PÉREZ MALDONADO

MONTERREY, MEXICO.

PROLOGO.

FRAN las sombras del paganismo, el tenebroso caos
de la conciencia humana.

El dominio del hombre sobre el hombre, el imperio del más fuerte, era la dura ley á que estaba sujeto el esclavo, el miserable, el desheredado de la fortuna y de la inteligencia.

El desconocimiento del verdadero Dios, habia arrastrado á las sociedades paganas, al último grado de abyección y de ignominia.

En vano las escuelas filosóficas de Grecia procuraban levantar el espíritu, abriendo anchos horizontes á la investigación y nuevas vías al progreso de las inteligencias.

El hombre, con la vista empañada por los vapores que se exhalaban del fango en que reposaba su planta, no podía mirar desde la tierra los divinos fulgores de los cielos.

Por una previsión providencial, el mundo marchaba hácia la unidad política y civil.

El imperio romano habia atado á su carro de triunfo á todos los pueblos, á todos los dioses, á todas las civilizaciones de aquella época.

Roma, en medio de su disolución, abria sus templos y preparaba sus altares para dar franca hospitalidad en ellos á todas las divinidades extranjeras, á medida que sus adoradores iban recibiendo el yugo del cesarismo.

Las ciudades anseáticas, el Egipto, la Grecia, todos los pueblos de la tierra prestaban su contingente de degradación y de miseria al paganismo y á la idolatría del pueblo romano.

Con razón la Ciudad de los Césares era llamada con el gráfico nombre de la prostituta de las naciones, pues que la disolución habia llegado al último de los extremos.

Rotos los vínculos de la moral y los sagrados lazos de la familia, la matrona romana no hacia más que enlodar el lecho conyugal.

El esposo dejaba deslizar su vida en la embriaguez y en la orgía, degradando su dignidad en los brazos de impúdicas cortesanas.

En este eclipse total de la moral pública, en esta noche sin luz de la inteligencia humana, solo un pueblo, al través de mil prevaricaciones, habia conservado pura la idea de la divinidad; pero contaminado con el mal ejemplo, habia caido tambien en el cieno de todas las concupiscencias y en el oscuro laberinto de trascendentales errores.

Peró no impunemente el pueblo hebreo habia abandonado el suave yugo del señor.

El cetro habia pasado de las manos de Judá á las de un príncipe extranjero.

El último aliento de la libertad de Israel, se habia exhalado de los palpitantes y moribundos labios del último de los Macabeos.

Toda Judea, despues de este último y desesperado esfuerzo de independendencia, quedaba atada con cadenas de hierro, á las gradas del Capitolio.

En medio de aquel caos de desolación y de muerte, cuando se desvanecia hasta la última esperanza de redención para el esclavo, cuando el corazón affligido se debatía en la desesperación de todos los dolores, surge en Belem la luz de una esperanza consoladora.

Era venido el tiempo en que debian cumplirse las profesias, y las setenta semanas de Daniel estaban al terminar, cuando Dios en su misericordia infinita, enviaba á su Hijo Unigénito, á revestir la forma humana para confundirse entre los pecadores y predicar la buena nueva de la redención del hombre.

¡Qué singular y misteriosa trasformación!

El esclavo se levanta á la altura de su dignidad, cuando el Sublime Maestro de Galilea predica á la faz de los poderosos, la igualdad de todos los hombres.

El humilde hijo del carpintero, como le llamaban á Cristo, no temia ni á las iras de los Césares, ni á la envidia de los ricos, ni á las hipócritas manifestaciones de los Escribas y los Fariseos.

Recorre la Judea levantando de su lecho á los paralíticos, dando vista á los ciegos, calmando las tempestades del mar y reanimando á los cadáveres desde el fondo de las tumbas.

Una muchedumbre le rodea, tendida á las faldas de una montaña, pendiente de sus divinos labios, de los cuales se desprende un torrente de palabras dulces como la miel, palabras llenas de amor, de fraternidad y de un espíritu de consolación.

En tanto, nubes de tempestad negras y aterradoras, se levantaban en las sinagogas y en el recinto del Sanedrín.

El infierno se conjuraba en contra del Divino Maestro y los sacerdotes de la antigua ley, preparaban en el silencio de la noche, la muerte de aquel hombre, que sin miedo y sin temor descubría á las multitudes sus faltas, la podredumbre de sus corazones, cubierta con el velo de la hipocresía.

Estaba escrito.

Era necesario que la sangre del Mártir viniese á sellar la divinidad de su doctrina.

Los pecados de la humanidad tenían que ser redimidos con la sangre del Dios-Hombre.

La hora terrible había llegado y era preciso que se cumplieran los admirables planes de la redención.

Cristo arrojó el último aliento sobre las cumbres del Calvario.

Rásgase el velo del templo, tiembla la tierra, los muertos rompen las cerraduras de sus tumbas, el sol se oscurece y el mundo parece próximo á desaparecer en el último paroxismo de la naturaleza.

La divina misión del Crucificado estaba cumplida al pronunciar aquellas sus últimas palabras: "Dios mio, en tus manos encomiendo mi espíritu."

Pero si bien desaparecía de la tierra en su forma corporal, el Santo Espíritu difundía su fuego abrazador sobre los primeros apóstoles, quienes llenos de un santo fervor van por todas partes predicando la sublime religión del Crucificado.

Nada les arredra, ni hay obstáculo alguno que se oponga á sus designios.

Aquellos hombres pusilánimes que á la menor sombra de peligro abandonan á Jesús, se sentían fuertes contra las persecuciones, contra las cárceles y los tormentos, predicando la fé de Cristo.

Los primeros cristianos se multiplican no solo en la Judea, sino en naciones extrañas, á donde llegaba la arrebatadora voz de San Pablo, aquel Apóstol de los Gentiles, para quien el vivir era Cristo y el morir era ganancia.

Una revolución inmensa se opera en la sociedad antigua.

El ciervo percibe allá á lo lejos una esperanza de emancipación.

La inteligencia rompe el velo de su ignorancia.

Huyen los dioses de sus altares de piedra al disiparse las sombras del paganismo y un estremecimiento de muerte sorprende al pueblo idólatra en medio de los sangrientos espectáculos del Circo.

¿Qué aliento poderoso es el que apaga el rayo en las manos de Júpiter Olímpico?

¿Por qué callan los oráculos y enmudecen las Sibilas?

¿Por qué sienten conmoverse los cimientos de la Ciudad Eterna, y tiemblan en su base las columnas del Capitolio?

Es que ha sonado la hora en que comienza la agonía del paganismo.

Por todas partes se levantan soldados de la nueva fe que llenan de espanto á los señores del mundo.

No bastan para quebrantar sus ánimos, los tormentos ni las persecuciones.

San Estéban dá el ejemplo de resignación en el martirio.

Pedro y Pablo mueren sacrificados al terror y al fanatismo de los enemigos de la religión, y la más horrorosa tempestad se desata en contra de los primeros cristianos.

Huyendo de las persecuciones se retiran los unos á la Tebaida, piden otros á las fieras seguro asilo en sus oscuras cavernas y otros mil y mil campeones esforzados de la fe, escarban las entrañas de la tierra para entregarse libremente á la rojiza luz de las antorchas, á los misterios del culto en el seno de las catacumbas.

Aquí era el asilo de la virtud, de la oración y del recogimiento.

Sobre aquellas oscuras galerías estaba Roma, la sentina de todos los vicios, con todas sus abominaciones, con todas las concupiscencias de su vida crapulosa.

La Roma de Tiberio, de Nerón y de Caligula, que

ébria de sangre distraía sus ratos de ocio viendo correr la sangre de los cristianos en las arenas del circo, despedazados sus miembros entre las garras de los leones de Numidia, en tanto que en las catacumbas se oraba por los nuevos mártires y se pedía al Dios de los cristianos resignación y fortaleza para los confesores de la fe.

Pero á medida que la sangre era derramada á torrentes, crecían más y más las filas del Cristianismo.

Aquella primera y dolorosa prueba de los cuatro primeros siglos, fué más que suficiente para justificar la consoladora promesa de Cristo al Apóstol San Pedro cuando le dijo:

Tu es Petrus et superhanc petram œdificabo ecclesiam meam, et porta inferi non prevalebunt adversus eam.

Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

La luz de la verdadera doctrina se abrió paso entre las tinieblas del paganismo.

Los innumerables cristianos dejaron las catacumbas y se mezclaron en la sociedad civil, alcanzando grandes dignidades en el imperio y en el mismo palacio de los emperadores.

El triunfo de la Cruz era un hecho que llenaba de asombro á sus mismos enemigos.

El emperador Constantino en medio de sangrientísima batalla contra las huestes de Majencio, ve en el cielo resplandecer entre divinos fulgores, el símbolo de la redención, que le anuncia la victoria en

esta célebre frase: *In hoc signo vinces*, con este signo vencerás.

Al triunfo de las armas romanas todo el imperio se convierte al Cristianismo y la Cruz se posa entre la admiración del mundo, sobre las elevadas cimas de los templos paganos.

Así como el imperio de los Césares, preparó y realizó la unidad política del mundo, así esta misma unidad debió servir para realizar un día la unidad religiosa, que vino á realizarse bajo la saludable influencia del pontificado.

La Iglesia desde entónces se convierte en la depositaria y dispensadora de todas las gracias espirituales, en la protectora de las ciencias y las artes, en la medianera entre las disensiones de los pueblos.

La invasión de los bárbaros produce en Europa un cataclismo social.

Las tribus tartáricas se desprenden de las regiones del Norte como un torrente devastador.

Todo es incendio desolación y muerte.

Los vándalos, los francos, los godos y los burgúñones se arrojan como tigres hambrientos sobre los pueblos y las ciudades indefensas.

Los nombres de Atila, de Genserico y de otros bárbaros llenan de terror el ánimo de los guerreros más esforzados.

La barbarie toca á las puertas de Roma; pero el Pontífice Leon X conjura la tormenta y hace que se retiren respetando á la Ciudad Eterna, las terribles hordas de Atila y de Alarico.

Nuevos pueblos surgen de aquella conflagración y

siempre el cristianismo procurando suavizar el carácter salvaje de aquellos fundadores de nuevas sociedades, hasta conseguir la conversión de los visigodos con su príncipe Recaredo y la dominación de los francos bajo el imperio de Carlo Magno.

En aquella noche terrible de la Edad Media, la ciencia y la civilización se esconden en la soledad de los claustros.

Hombres cuyo espíritu se eleva hasta el cielo menospreciando las miserias de la tierra, se entregan al estudio de las ciencias y las artes para salvarlas del naufragio de la irrupción de los bárbaros.

Los conventos prestan valiosa ayuda á la causa de la civilización.

Humildes frailes de la órden de San Francisco alientan á Colón en su prodigiosa empresa y los nombres de Fray Juan Perez y el Padre Marchena, van unidos al descubrimiento del Nuevo Mundo.

La religión representada por algunos padres franciscanos, toma posesión de estas tierras ignoradas, desde que Colón clavó el pendón de Castilla en las playas americanas.

Desde entónces comenzó el trabajo de civilización en medio de los horrores de la conquista.

Ellos, los ministros de la religión, se interponían entre el vencedor y el vencido.

Sus palabras de consuelo llevaban la resignación y el consuelo á la raza esclavizada bajo el cortante acero del conquistador.

¿Quién no recuerda con gratitud los venerandos nombres del Padre Olmedo, Fray Toribio de Bana-

vente, Bartolomé de las Casas y D. Vasco de Quiroga.

Todos esos santos varones consagraron sus desvelos á la enseñanza de la raza indígena, librándola del pesado yugo de la tiranía de los conquistadores.

Debido á la intervención de aquellos infatigables misioneros, cuánta diferencia entre la conquista de la América Española y entre la América inglesa.

Aquí los indios eran atraídos al cristianismo por la predicación y la dulzura.

Allá eran perseguidos como fieras salvajes y cazados en el intrincado laberinto de sus bosques; y hé aquí por qué en los Estados Unidos la raza primitiva ha desaparecido y en México forma las tres cuartas partes de la Nación.

La influencia de la religión católica se ha hecho sentir de una manera notable en el desenvolvimiento de nuestro sér político y social.

El Clero Mexicano, sabiamente dirigido por sus pastores, ha sido siempre modelo de virtudes y de moderación cristiana.

En la historia del episcopado se destacan magestuosas las nobilísimas figuras de Alcalde, de Leandro Rodriguez de la Gala, de Próspero M.^o Alarcón, de Espinoza, del Ilmo. Sr. D. Pedro Loza de la Diócesis de Guadalajara, del ilustre doctor D. Pedro Barajas, en el obispado de San Luis, del profundo filósofo Sr. Munguía de la diócesis de Guadalajara y por último la preclara inteligencia del Ilmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.

Referir la brillante historia del Clero Mexicano es obra muy superior á nuestras fuerzas. Bien lo com-

prendemos; pero así lo merece esa clase privilegiada de nuestra sociedad, que le dediquemos nuestros trabajos siquiera sea con las previas disculpas de nuestra incapacidad y escasa inteligencia.

Soldados de la civilización en una época de combate y de constante lucha con un siglo descreído, como en el que nos ha tocado en suerte vivir, bien merecen esos esforzados campeones de la religión católica, les dejemos consignadas sus brillantes hazañas en estas desaliñadas páginas.

Tal es el fin que nos proponemos al escribir la historia del Clero Mexicano.

Quizá nuestros afanes sean objeto de la crítica de los jurados enemigos de la causa cristiana; pero esta consideración no nos desalienta, porque bien sabemos que en los rudos combates de este siglo ateo y desmoralizador, el triunfo estará siempre de parte de los defensores de la Iglesia, porque Cristo lo ha dicho para satisfacción de los defensores de la fe: "Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella."

ARISTEO RODRIGUEZ ESCANDÓN.